

TORREJON



DE
ICA
RO
RTE
EN



CHEWING-BOMB CITY

Las tropas sublevadas del general Narváez que vencieron a las de Esparteros el 22 de julio de 1843 en Torrejón de Ardoz estaban lejos de saber que allí mismo aterrizarían años más tarde los B-52 y los Pantom de los americanos. Torrejón City está al noroeste de Madrid, unos veinte kilómetros. Tiene una extensión de 1.320 hectáreas y 34.200 habitantes empadronados; 15.000 más que en 1960. La construcción de la base de Torrejón de Ardoz comenzó poco después de la firma de los acuerdos de ayuda para la Defensa mutua, Ayuda Económica y Convenio Defensivo de 26 de septiembre de 1953. Las expropiaciones de los terrenos se iniciaron en 1954, con cargo al presupuesto español.

La base, una de las tres mil bases militares USA, desperdigadas por el mundo es hija, como todas ellas, de la guerra fría. Un compromiso entre Allen Dulles, el pactomaníaco, Curtiss Le May el héroe del Comando Aéreo Estratégico y Eisenhower. En septiembre 1953, después de dos años de conversaciones Martín Artajo presenta a las

Cortes los convenios suscritos. El mismo año Lequerica afirma: «Una nueva Nación europea se incorpora a la defensa de Occidente con importantes medios estratégicos y un excelente ejército». Son años de luna de miel con el tío Sam y el Vaticano. El 31 de octubre de 1953 el cardenal primado Pla y Deniel escribe: «La Providencia Divina ha hecho que un mes después de la firma por España de un Concordato con la Santa Sede en el que se establece la unidad católica este país puede firmar acuerdos de índole económica y militar con los Estados Unidos».

Era en aquellos momentos de la guerra de Corea y de la expansión del barrio del mismo nombre en Madrid (hoy costa Fleming) la base USA más moderna y amplia en el extranjero. Aún hoy es la mayor de Europa con instalaciones para 4.000 hombres y medio millar de aviones. Su pista principal, allí donde aterriza Kissinger cuando viene de paso, es de casi 2 kilómetros de longitud. Es la mayor de Europa y permite el aterrizaje y despegue de los mayores aviones del mundo actualmen-

te en servicio, como el «Galaxia» o el «Hércules».

Dos mil quinientos norteamericanos viven en el pueblo, el resto se reparten entre las casitas con jardín de Encinar de los Reyes y Madrid-Fleming. Una nutrida tropa civil de obreros y técnicos españoles trabaja en la base.

Todo llega a Torrejón desde los Estados Unidos. Los alimentos, el chewing-gum, los coches (matrículas que terminan en 0 en las primeras cifras), el Play-Boy (que compran los del Rastro), la televisión en color. Los supermercados de la base son como los famosos PX de Vietnam hace años. Tienen televisión propia y una emisora de frecuencia modulada que emite las 24 horas para los 3.700 hombres, sus familias y los demás que la sintonizamos para huir de los boletines publicitarios de la radio española. Hacia las cuatro de la mañana ponen discos como el de «Je t'aime, moi non plus», pero más atrevidos. Después retransmiten los partidos de beisbol, en directo desde Chicago o Nueva York.

■ M. L.



EN UN FAMOSO TABLAO MADRILEÑO, KISSINGER RECIBE EL REGALO DE UN TRAJE DE TORERO REVERSIBLE

En un quitamesasbases, el traje de luces puede convertirse en una chilaba rifeña.

Al parecer, si mañana, por una de esas cosas raras de la vida, estallasen las bombas atómicas almacenadas en la base de Torrejón de Ardoz, no quedaríamos vivos en media España ni los últimos e inmortales ex-combatientes de las guerras de Cuba y Filipinas. O sea, que mientras estén ahí las citadas bombas debemos sentir sobre nuestras vidas la espada atómica de Damocles con la presencia obsesiva de una esposa bendecida por la Iglesia.

Hay tenemos, sin embargo, una buena noticia para nuestros lectores. La famosa comprensión de los senadores norteamericanos por los problemas de sus compañeros de viaje disuasorio ha decidido —en parte por complacer los deseos de la mayoría del pueblo español expresados constantemente y firmemente en la prensa y en juramentos cotidianos— que el año próximo la base de Torrejón de Ardoz sea trasladada trescientos metros más a la derecha según se mira a Bilbao desde la plaza de la Cibeles.

En testimonio de agradecimiento a dicha medida, el Sr. Kissinger ha recibido el regalo de un traje de torero reversible que puede convertirse rápidamente en chilaba si así conviene a la paz y al equilibrio del Mediterráneo occidental, protegido como nadie ignora, por la base de Rota. Pero ésa es otra, que diría el estratega.

De momento, Kissinger ya está vestido de torero reversible. Algo es algo. «Más cornadas da el comunismo» —que ha dicho dicho secretario de Estado.

